

Capítulo 2 – Pobrecito por Hoy

A la mañana siguiente, la fila en el salón del barrio era todavía más larga que la del comedor. Esta vez no repartían comida: repartían **formularios**.

En la puerta, un cartel hecho a las apuradas:

“NUEVO PROGRAMA DE ACOMPAÑAMIENTO A FAMILIAS VULNERABLES.
INSCRIPCIÓN AQUÍ. NO SE QUEDEN AFUERA.”

Estanislao llegó acompañando a la abuela, que caminaba despacio, agarrada de su brazo.

—Yo ya viví bastante como para no hacerme la pobrecita ahora —bromeó ella—. Si hay para repartir, que repartan.

La cola serpenteaba por la vereda. Algunos se abanicaban con los DNI, otros chusmeaban.

—Dicen que dan una tarjeta nueva...

—Con eso pagás la luz, el gas, todo...

—Y capaz después lo aumentan si sigue la crisis...

Ramiro apareció desde el fondo, colándose entre conocidos.

—¡Estani! —le gritó—. ¿Vos también viniste a anotarte o solo hacés de bastón VIP?

—La traigo a la abuela —respondió él—. Yo no sé si me entra.

Ramiro se rió fuerte.

—Si te sirve el consejo, hacete el pobrecito, hermano. Pobrecito vende.

La señora delante de ellos, con dos nenes pegados a las piernas, se dio vuelta.

—Es que somos pobrecitos, m’hijo —dijo, casi ofendida—. ¿O usted tiene algún amigo millonario por acá?

Ramiro levantó las manos, conciliador.

—Yo lo que digo es que si el Estado quiere ayudar, que ayude. ¿Qué vamos a hacer? ¿Rechazarlo?

Estanislao no respondió. Miró a su alrededor. Nadie parecía estar incómodo con la escena. Nadie decía: “che, pero esto no puede ser para siempre”.

Al contrario: se respiraba una mezcla de resignación y expectativa, como en la fila de un recital gratis.

Adentro, unas empleadas revisaban papeles detrás de mesas plegables. Sobre la pared, una bandera del partido oficialista y una foto grande del Presidente sonriendo. Debajo, una frase en letras azules:

“EN ESTE PAÍS, NADIE VA A PASAR NECESIDAD.”

La abuela avanzó con su documento en la mano.

—¿Vive con usted algún joven en edad laboral? —preguntó la chica de la mesa, leyendo el formulario.

La abuela señaló a Estanislao.

—Éste. Labura de changas con la moto del vecino. Nada fijo.

—¿Está en blanco?

—No.

—¿Estudia?

—Tampoco.

La chica sonrió, aliviada, como si hubiera encontrado el casillero perfecto.

—Entonces cumple las condiciones —dijo, marcando un tilde—. Familia con joven desocupado o en informalidad. Excelente.

Excelente. La palabra le cayó pesada a Estanislao, como si su vida fuera más valiosa cuanto peor estuviera ordenada.

—Firmá acá —le pidió la empleada—. Es solo para constancia.

Él dudó un segundo.

—¿Y esto por cuánto tiempo es? —preguntó.

La chica se encogió de hombros.

—Por ahora es por seis meses. Pero esos programas siempre se renuevan. Mientras siga la situación así, la ayuda va a estar.

—¿Y si la situación mejora? —insistió él.

La chica lo miró como si hubiera preguntado algo fuera de lugar.

—Mirá, flaco, hoy la mano viene dura. Aprovechá. **Pobrecito por hoy** es mejor que nada, ¿no?

La frase se le clavó en la cabeza: "pobrecito por hoy".

Firmó. La birome se le resbaló un poco entre los dedos sudados.

Al salir, la abuela estaba contenta.

—¿Ves? Algo es algo. Esto nos va a aliviar un poco. Ya bastante tuviste que luchar desde chico.

Ahora nos toca un poquito de suerte.

Él la miró con cariño. Si había alguien que merecía un respiro, era ella. Aun así, algo le chirriaba adentro.

—Sí, abuela. Pero... ¿hasta cuándo va a ser así? —preguntó, sin saber bien cómo formularlo—. ¿Hasta cuándo vamos a estar en modo "pobrecito por hoy"?

Ella frunció el ceño.

—Hasta que Dios quiera, nene. ¿Qué querés que te diga?

Ramiro, que los esperaba en la esquina, sacudió la tarjeta recién aprobada.

—Mirá, papá. Con esto, este mes estoy hecho. Una preocupación menos.

—¿Y el laburo en la construcción que ibas a probar? —preguntó Estanislao.

Ramiro se rió.

—Me dijeron que arranque en negro, que después ven si me blanquean. Esforzarme doce horas, comer polvo, arriesgarme a caerme de un andamio... y capaz ni siquiera me ponen en regla. En cambio, con esto... —agitó la tarjeta— ...me entra fijo. Es matemática básica.

—¿Y a largo plazo? —insistió Estanislao.

Ramiro lo miró como si hablara otro idioma.

—A largo plazo, todos muertos, hermano. Acá el que piensa a largo plazo termina loco. Hay que sobrevivir hoy. Mañana vemos.

Esa noche, en la canchita del barrio, el tema salió de nuevo. Entre picadas flojas y chistes, los pibes comparaban lo que les había tocado.

—A mi vieja le dieron menos porque yo estoy en negro en el super —se quejaba uno—. Me dijo que si renuncio y me anoto, capaz nos suben la ayuda.

—A mi tío le aumentaron todo cuando dejó de manejar el remis —agregó otro—. Sale más ganar poco sin laburar que matarse para nada, boludo.

Se rieron. No con maldad, sino con esa lógica torcida que se aprende a base de golpes. Todos entendían la cuenta: **esfuerzo mucho, recompensa poca** vs. **esfuerzo poco, recompensa segura**.

Todos, menos Estanislao, empezaban a sentir esa ecuación como natural.

—Pero si todos hacemos eso, ¿quién sostiene todo esto? —preguntó él, apoyado en el alambrado.

Un silencio breve, incómodo, cortó la charla. Luego, uno tiró:

—Eso que lo vean los de arriba. Para eso están.

—Claro —remató Ramiro—. A nosotros nos toca sobrevivir, no salvar al país. Pobrecitos, ¿te acordás?

Las carcajadas volvieron, y con ellas el partido.

Estanislao sonrió por compromiso, pero se quedó con la frase dándole vueltas:

“Pobrecitos por hoy. Que el país se arregle solo.”

Él empezaba a sospechar que el país **no se arreglaba solo**, justamente porque demasiada gente había hecho ese trato:

Aceptar ser pobrecito a corto plazo para no hacer el esfuerzo que cambiara las cosas a largo plazo.

De vuelta en su pieza, abrió el cuaderno otra vez.

En la página donde había anotado la definición del día anterior, escribió debajo:

“Ser pobrecito **hoy** te da algo.

Ser pobrecito **siempre** te roba todo.

Un país lleno de pobrecitos a corto plazo, se condena a ser pobrecito para siempre.”

Miró la frase.

En el noticiero, otra vez, hablaban del nuevo programa.

—La iniciativa busca acompañar a los sectores más vulnerables —decía la periodista—. Todo indica que los índices de dependencia al Estado seguirán creciendo.

Estanislao apagó el televisor antes de que terminaran la frase.

Por primera vez, sintió con claridad que no solo estaba en juego su vida, sino **la forma en que su país entero se miraba a sí mismo**.

La mayoría de sus amigos había elegido —consciente o inconscientemente— el camino fácil: pobrecitos para hoy.

Él no sabía todavía qué iba a hacer. Lo único que tenía claro era que esa elección, repetida millones de veces, era la que estaba escribiendo el destino de San Aurelio.

Y no le gustaba nada cómo sonaba ese final.